

CAPITULO IV

Fin de la dominacion Cartaginesa.

---

Siendo Roma aliada y protectora de las ciudades griegas de la Península, entre las que se hallaba la destruida Sagunto, el trágico fin de ésta dió lugar á que aquella República enviase embajadores á Aníbal pidiéndole explicaciones de su conducta y protestando contra ella. El cartaginés contestó de muy mala manera; y esto dió lugar á que desde luego quedase declarada la guerra entre Roma y Cartago.

Entonces Annibal emprendió, con inusitada furia, la conquista de todos los pueblos situados entre el Ebro y los Pirineos, los cuales despues de horribles hecatombes tuvieron al fin que someterse al fuerte yugo del general cartaginés, quien realizada se-

mejante empresa abandonó la Península al frente de un ejército compuesto de cien mil hombres de infantería, doce mil ginetes y cien elefantes, con los que se proponía llevar la lucha á Italia, teatro de *la segunda guerra púnica*, iniciada con la ruina de Sagunto; dejando encomendada la conservación de sus conquistas en España á su hermano Asdrúbal que con las huestes africanas últimamente traídas á nuestro país debía mandar desde el Guadalquivir hasta el Ebro, en tanto que el jefe Hamnon conservaba el dominio desde este rio hasta los Pirineos.

En el ejército expedicionario de Annibal ocupaban un preferente lugar muchos españoles, cuyas simpatías logró aquel caudillo granjearse; y segun afirman autores de gran nota como Silio Itálico y Quinto Oracio Flacco, de entre toda aquella valiente multitud hispana que con el ejército cartaginés tomó parte en la desastrosa *segunda guerra Púnica* «los indómitos cántabros fueron los que más se distinguieron por su valor extraordinario é incomparable destreza.»

Despues que al frente de tan denodadas



tropas salió Annibal de la Peninsula, atravesó las Galias, pasó los Alpes, y exparciendo por todas partes el pavor, penetró á sangre y fuego en las risueñas campiñas italianas. Ganó entre otras las célebres victorias de Trebia, Trasimeno y Cannas, tan desastrosas para los romanos, que solo en esta última perdieron al famoso Paulo Emilio y más de 50,000 combatientes. El afortunado cartaginés llegó hasta delante de los muros de Roma; pero el refulgente sol de sus victorias le deslumbró, y durmiéndose sobre sus laureles, en vez de emprender la expugnacion de la Ciudad Eterna, pasó con sus tropas á Capuá donde se entregó á la molicie y al deleite que habian de conducirle á la ruina.

Mientras tanto Roma, que habia penetrado los designios de Annibal en su expedicion á Italia, envió sus legiones á España, cuyo fértil suelo se vió convertido en el ensangrentado palenque donde aquella poderosa República y su fuerte rival Cartago habian de disputarse el dominio del mundo.

Nombrados los hermanos Cneo y Publio

Scipion caudillos de las huestes romanas desembarcaron estas en las costas de Cataluña (Año 218 antes de J. C.) y despues de una larga série de encarnizados combates, derrotaron por mar y tierra á los cartagineses, rechazándoles á la *Lusitania*. Cuando los caudillos romanos creian asegurado su triunfo, y reprimidos los levantamientos parciales que *Ilergetes* y *Celtiberos* hicieran en pró de su independencian, murieron los *Escipiones* en dos batallas libradas en el corto espacio de un mes. (Año 215 antes de J. C.)

Entonces el jóven Centurion Lucio Marcio, fué nombrado por aclamacion general de los restos de las legiones romanas y vengó la muerte de sus antecesores sorprendiendo los campamentos cartagineses entre Valencia y Aragon, donde hizo una horrible matanza y obligó á sus quebrantados enemigos á repasar el Ebro. Roma no aprobó el nombramiento de Marcio y señaló para reemplazarle en el mando, en calidad de Pro-pretor de España, á Claudio Neron, quien no obstante su gran pericia militar fué varias veces engañado por la sagacidad de Asdrúbal,



y siempre vencido, quedó depuesto del mando y regresó á Roma, donde pintó como pérdida su causa en España.

Vino entonces (Año 211 antes de J. C.) Publio Cornelio Escipion, (apellidado despues el *Africano*) que inició su brillante campaña sitiando á Cartagena, de cuya importante plaza así como de un inmenso botín se apoderó (Año 210 antes de J. C.)

Su conducta noble y generosa, despues de los señalados triunfos alcanzados, le granjeó el afecto de una gran parte del pais; y las señaladisimas victorias que en la *Bética* y en la *Celtiberia* obtuvo sobre Asdrúbal y Hamnon, dieron bien pronto á conocer el próximo fin de aquella sangrienta epopeya tan perjudicial á las armas cartaginesas.

No por eso los españoles aliados de estas desmayaron ni un solo momento, ni por un instante dejaron de dar notables ejemplos de la lealtad y nobleza que constituyeran siempre su carácter distintivo. *Astapa* (hoy Estepa) renovó las glorias de Sagunto; y *Auringis* (Jaen) *Iliturgis*, (Andújar) *Castulon*, (Cazorla) y otros muchos pueblos, victimas de

su fidelidad á los cartagineses y de su ferviente amor al suelo que los vió nacer, prefirieron su ruina y destruccion antes que someterse al yugo de los romanos.

Empero tan heróicos y desesperados esfuerzos no bastaron á impedir á Escipion la toma de Cádiz, último baluarte del ejército cartaginés cuyos restos fueron definitivamente expulsados de la Península.

No por esto se consolidó por entonces en nuestro suelo la naciente dominacion romana; pues las belicosas tribus celtiberas é Ilergetes se sublevaron contra el yugo romano. Ahogadas en sangre estas insurrecciones, destruidos sus esfuerzos en una sola batalla y muertos sus valientes caudillos *Indivil* y *Mandonio*, quedó la Península en poder de los romanos, cuyas victoriosas águilas pudieron enseñorearse desde las columnas de Hércules hasta las elevadas cumbres de los Pirineos; al mismo tiempo que con la célebre batalla de Zama, terminaba la *segunda guerra púnica* y sucumbia el géneo de Cartago (Año 204 antes de J. C.)

El largo periodo de la dominacion carta-



ginesa en España marcó una época de incesante lucha, sostenida con enérgico teson, aunque aisladamente, por los naturales del país contra los invasores.

Cuando sucumbieron estos fué debido á las incomparables desventajas que respecto á sus enemigos tenían, entre las que merece especial mención el completo aislamiento en que aquellos pueblos vivían, sin organización alguna, sin vínculos de unión de ninguna clase. No obstante, al caer enseñaron á todos los pueblos del orbe á defender sus hogares: con su sangre generosa echaron los sólidos cimientos del suntuoso edificio de nuestra nacionalidad, que ninguna tempestad ha podido derruir, y mostraron á las generaciones futuras el alfombrado camino de la gloria.

---

CAPITULO V

---

España romana. — Viriato. — Numancia.

Derrotado Annibal en la célebre batalla de Zama, que puso término á la *segunda guerra púnica*, y extinguida por completo la dominación cartaginesa en nuestra Península, quedó ésta declarada provincia romana. (Año 200 ántes de J. C.) Poco despues fué dividida en dos partes, denominándose *España citerior*, la que comprendía todo el territorio enclavado entre los Pirineos y la embocadura del Ebro, y *España ulterior* la constituida por las antiguas *Bética y Lusitania*; quedando cada una de estas dos grandes divisiones al mando de un pretor romano.

Desde el momento en que la orgullosa Roma se encontró sin rival en nuestro suelo,



convirtió en horrible tiranía la amistad que antes habia sentido, ó fingido sentir, hácia los españoles.

Sus pretores, despóticos y avaros en extremo, principiaron á cometer todo género de punibles excesos y arbitrariedades, tratando á nuestros pueblos, muchos de ellos sus antiguos aliados, como pais de conquista.

Empero los belicosos españoles, que jamás se avinieron á doblar la cerviz ante ningun género de tiranía, comenzaron á levantarse en armas contra sus inicuos opresores; y á pesar del desgraciado éxito que tuviera la primera tentativa de *Ilergetes y Ausetanos* acaudillados por *Indioil y Mandonio*, el grito de rebelion lanzado por éstos, halló eco en toda la Península. Trabóse por varios puntos á la vez una horrible lucha que sin tregua ni descanso tenia en continuo movimiento á las numerosas y aguerridas huestes romanas, sometiendo á duras pruebas el talento y valor de sus esclarecidos generales y el esforzado patriotismo de los heróicos habitantes de nuestro fértil suelo.

El cónsul Marco Porcio Caton, apellidado *El Censor*, despues de sangrientos y encarnizados combates y desplegando la más horrible crueldad, logró subyugar á los *Celtiberos*, y restablecer, aunque por poco tiempo, el imperio de las armas de la República. Para conseguir semejante resultado tuvo que emplear tal lujo de inhumanidad que en solo trescientos dias destruyó cuatrocientas poblaciones y pasó á cuchillo á todos los habitantes de ellas que tuvieron la desgracia de caer en sus ensangrentadas manos. Ni aún así consiguió amedrentar á los *Celtiberos*, cuyo indómito carácter se alentaba más y más en la desgracia, y en más de una ocasion hicieron morder el polvo á sus feroces enemigos que el año 192 dejaron seis mil cadáveres tendidos en el campo.

La avasalladora empresa de Caton llegó al fin á realizarse con el poderoso auxilio del general romano Fulvio Novilior; pero era tal el terror que el solo nombre de España llegó á infundir á los romanos que abierta en la capital de la República una recluta de gente con destino á la expedicion á nuestro pais,



nadie quiso alistarse, siendo necesario emplear todo el poderoso ascendiente que Emilianio Scipion ejercia sobre aquella aventurera y entusiasta juventud para que Lúculo pudiese reponer sus bajas y completar sus mercedadas legiones.

Conseguido esto penetró el nuevo Cónsul (Lúculo) en la *Carpetania*, pasó el Tajo y puso sitio á Cauca (hoy Coca, provincia de Segovia) cuya ciudad, despues de algunos combates desiguales, sostenidos con ardoroso brio, vióse precisada á aceptar la paz que se le ofreciera. Confiados sus sencillos habitantes en la fé de los tratados, se entregaron tranquilamente á sus labores, cuando de repente, á una señal de antemano convenida entre los romanos, se arrojaron estos bárbaros sobre aquellos indefensos labriegos y los pasaron á cuchillo sin perdonar en su ferroz encono á niños, ancianos ni mujeres.

Simultáneamente con esta matanza ó asesinato, el infame pretor Galba manda, en idénticas condiciones, ejecutar hechos análogos en la *Lusitania*.

Ante tan horribles traiciones y villano pro-

ceder, la heroica España se preparó á la pelea con más denuedo que nunca, y Roma vió levantarse ante ella dos formidables colosos, Viviaio y Numancia, para cuya destruccion necesitó veinte años de gigantescas luchas, en las que derramó su sangre más noble y sacrificó sus más famosos capitanes.

Entre los pocos *lusitanos* que escaparon al ciego furor de Galba habia un hombre de complexion robusta, de ánimo levantado, y dotado de un temple de alma superior al sentimiento del peligro, de las fatigas y de la muerte; un hombre que aun siendo, como era un simple pastor, por su valor extraordinario y revelantes circunstancias personales gozaba de alto y merecido prestigio entre sus convecinos. Impulsado este preclaro génio por el noble afan de libertar á su patria esclavizada, sacándola de las garras de sus verdugos, tremola en sus encallecidas manos la gloriosa enseña de la independencia, y jurando guerra y odio eterno á los romanos, en muy pocos dias reune un núcleo de diez mil hombres decididos á morir lavando en sangre el atropello hecho á sus



he manos y el insulto inferido á su heroico pueblo. El oscuro pastor vióse bien pronto convertido en un célebre general que demostrando sus grandes dotes guerreras llegó á ser el terror de Roma: en el trascurso de ocho años, derrotó, uno tras otro, á los cinco pretores que sucedieron á Galba, y obligó al Senado romano á ratificar un tratado de paz en virtud del cual Roma se comprometia á no pasar adelante en sus conquistas y sostener paz y amistad con el denodado caudillo *lusitano*, á quien reconocia como jefe de casi toda la España *ulterior* emancipada.

Poco tiempo despues, el malvado Cónsul Cepion, siguiendo las huellas de la mayor parte de sus antecesores, que solo en la traicion supieron esgrimir con ventaja sus armas contra los españoles, holla la fé de los tratados y repentinamente cae cual avalancha sobre el confiado y valiente guerrillero que descansando de las fatigas de la lucha se entregaba tranquilo á las delicias de la paz. Furioso como un leon corre Viriato al campo de batalla, y en buena lid ocasiona pérdidas notables á su artero enemigo; pe-

ro el cobarde romano, al conocer una vez más su impotencia para vencer en combate leal al intrépido *lusitano*, apela entónces al oro y logrando comprar á tres villanos oficiales de Viriato hace que traidoramente asesinen á éste hallándose durmiendo. (Año 140 ántes de J. C.)

Unicamente así, por tan reprobados y asquerosos medios, consiguió Roma deshacerse de tan formidable enemigo, á cuyo asesinato siguió la sumision de la Lusitania, y estender, con la matanza y la destruccion, su odioso dominio por toda la region occidental de la Península.

La traidora muerte de Viriato y los horrosos atropellos cometidos por los romanos en todo el territorio por ellos ocupado, provocaron la guerra llamada de Numancia, ciudad que se asentaba donde hoy se extiende el humilde pueblo de Garay, cerca del nacimiento del Duero y á poco más de una legua de Soria. En esta titánica lucha, prolongada durante el largo espacio de ocho años, fueron tantas y tan notables las heroicidades por los *celtiberos* realizadas que han sido



perpetuadas en la Historia con el sitio de aquella famosísima ciudad, *segundo terror de Roma*.

Sitiada primeramente por Pompeyo, fatigado éste por las continuas escaramuzas de las guerrillas, que de día en día mermaban sus fuerzas y hacian decaer notablemente la moral de éstas, vióse obligado á levantar el cerco. Reforzado, vuelve con mayores bríos, sufre una derrota, y tiene que firmar una paz harto vergonzosa para él. Viene despues el arrogante Cónsul Popilio, asalta la ciudad, y es completamente derrotado. Un año mas tarde la acomete Mancino y solo salva su ejército, rodeado por los invencibles numantinos, á costa de un tratado que con ellos hace. Intentan en los tres siguientes años otros tantos cónsules apoderarse de la ciudad, que ya era conocida en Roma con el nombre de *terror de la República*, y Numancia enriqueció sus anales con nuevas y más señaladas victorias.

Recibe entonces el destructor de Cartago, Emiliano Scipion, el encargo de dominear á aquel heróico pueblo, que llevaba vencidos

seis formidables ejércitos. y comprendiendo el aguerrido caudillo la imposibilidad de vencerlo por la fuerza de las armas, llamó en su auxilio al hambre: rodéalo por dos líneas, una de circunvalacion y otra de contravalacion, resuelto á todo trance á hacerla perecer y apoderarse de sus despojos. Cuando despues de algun tiempo de rigoroso asedio, la heróica ciudad conoció lo terrible de su desesperada situacion, sola, aislada, sin viveres, sin recursos de ninguna clase, sin esperanza ni aún remota, resolvió caer como habia caido Sagunto, vencedora hasta más allá de la tumba. Arrójanse los numantinos con el furor de la desesperacion á las trincheras romanas, combaten como fieras hambrientas de carne enemiga y sedientas de sangre y de venganza: allí, sin retroceder una pulgada, mueren matando; los pocos que sobreviven á la espantosa carniceria, vuelven á la ciudad, degüellan sus inocentes hijos, sus cariñosas mujeres y sus ancianos padres, prenden fuego á los hogares que los vieron nacer, y ellos mismos concluyen por arrojarse sobre aquel espantoso monton de



ruinas, de sangre y de cadáveres. (Año 133, antes de J. C.) Scipion venció á Numancia cuando esta ciudad, cien veces heróica, habia dejado de existir, cuando su sagrado nombre, esculpido en letras de oro, pasaba á la posteridad, y cuando las rojizas llamas que de sus escombros salian alumbraban al mundo con el fulgor de la eterna gloria.

¡Triste triunfo el que así logran los conquistadores!

---

CAPITULO VI

---

GUERRAS DE SERTORIO CÉSAR Y POMPEYO

La caída de Numancia causó profundo estupor. Casi toda la Península quedó al fin sometida al yugo romano, escepcion hecha de los indómitos Cántabros, los fieros astures y algunos pueblos lusitanos, que guarecidos en la fragosidad de sus montañas pudieron por algun tiempo conservar su libertad é independencia, sin que en el trascurso de mas de medio siglo ocurrieran otros hechos notables que la ocupacion de las islas Baleares por los romanos y algunos patrióticos movimientos de insurreccion, ahogados en sangre apenas nacieron, en la Lusitania.

Quando estos movimientos, y otros que los Celtíberos hicieron, acabaron de ser comple-



tamente reprimidos, se presentaban en nuestro dilatado horizonte oscuros nubarrones que presagiaban una nueva y terrible tempestad.

No parece sino que el génio de la guerra, la fiebre de la matanza y la destruccion, habian escogido á nuestra patria para eterno teatro de sus hazañas; y que España se hallaba condenada á verse para siempre convertida en un campamento.

Mandaba en Roma el feroz dictador Sila, quien proscribiendo el partido democrático acaudillado por Mario obligó á muchos partidarios de este, que pudieron sustraerse á la venganza de aquel, á refugiarse en nuestra Península para salvar así sus amenazadas vidas. Entre estos emigrados vino *Sertorio*, esclarecido general, muy conocido en nuestro país, donde habia ejercido el cargo de Tribuno militar. Sertorio que muy dignamente apreciaba el carácter belicoso de los españoles, levantó un pequeño y decidido ejército, que le reconoció por su pretor, negando su obediencia á los delegados de Sila; y auxiliado por los indígenas, principalmente cántabros y lusitanos, cuyas simpatías su-

po grangearse y cuyas pasiones halagó excitándoles á la rebelion contra el ominoso yugo de sus avaros pretores, sostuvo por espacio de nueve años una lucha tenaz y porfiada contra todo el poder romano.

Sertorio con su hábil y diplomática conducta consiguió ganarse las simpatías de los españoles, á quienes adiestró perfectamente en la táctica; y auxiliado por otro proscripto como él, *Carpenna*, que se le reunió con 20,000 veteranos, formó un grueso, aguerrido y entusiasta ejército, con el que obtuvo señaladísimas victorias contra los generales romanos. Tan entendido general como hábil político, constituyó en la Península una especie de República mixta de romanos é indígenas, y dividió el territorio en dos provincias, Lusitania cuya capital fué *Evora* donde habitualmente residia él con el Senado que creó, y *Celiberia* que tuvo por centro á *Osca* (Huesca) ciudad donde se instituyó una escuela clásica, á la que concurría la juventud más florida del país. A tal extremo llegaron las victorias de Sertorio que Roma creyó completamente perdido su poderío en la Península.



la y para rescatarlo envió á Pompeyo, jóven general dotado de muy altas cualidades, no obstante las cuales en su primer encuentro con los españoles dejó 10,000 hombres tendidos en el campo de batalla.

Continuando la lucha entre Pompeyo, auxiliado por el viejo y sagaz cónsul Quinto Cecilio Metelo, y Sertorio, con los españoles, reúnen aquellos sus fuerzas y ponen sitio á Palencia (Año 75) Cae Sertorio sobre los romanos, los bate, los acosa, les mata 3,000 hombres, y poniéndoles en vergonzosa fuga huye Metelo despavorido de Calahorra, y Pompeyo no se detiene hasta pasar los Pirineos.

Roma, la orgullosa Roma, vió entonces palpable su total impotencia contra España; y temiendo no ya la completa independencia de nuestro territorio, sino que Sertorio, engraido con los triunfos obtenidos en esta Nación cien y cien veces heroica, llevase la guerra hasta el mismo corazon de Italia, apeló, como otras veces, á la traicion y al dolo. Al efecto encontró su miserable y criminal

instrumento en el traidor y ambicioso Perpenna, que comprado por Metelo invitó á Sertorio á un banquete en Huesca, donde á una señal convenida por los conjurados, mataron á puñaladas á este ilustre general (año 72). Así pereció el célebre caudillo de la independencia española que tanto hizo estremecer á Roma y que tan poderoso impulso imprimió á la civilizacion de su patria adoptiva, aquel ídolo del pueblo á quien con justicia llamaron el Annibal romano.

En obsequio de la verdad y para honra y gloria de nuestra patria, debemos consignar que ni un solo español tomó parte en la asquerosa conjuracion tramada por Perpenna; antes por el contrario, la guardia sertoriana de afectos ó *devotos* españoles se dió la muerte por no sobrevivir á su caudillo. ¡Grande y magnífico ejemplo de fidelidad, único en la historia!

La infame alevosia no puede jamás quedar impune; y el miserable Perpenna tuvo su merecido en la muerte que le hizo dar su jefe Pompeyo, deseoso sin duda de sepultar con el despreciable cadáver del instrumento de



su torpe ambicion, los secretos de su horrible crimen.

La infortunada España luchó con sin igual denuedo; pero al fin se vió obligada á someterse al general victorioso, no sin que éste le hiciera pagar con la destruccion de Calahorra, (1) Osma y otras ciudades, su fidelidad á la causa de Sertorio, simbolo de la independencia nacional.

La rivalidad de César y Pompeyo por apoderarse de la antoridad suprema en Roma, dejó sentir su influencia en la Península. Una gran parte de ésta se declaró por el segundo; y el primero vino entónces de las Galias al frente de un numeroso ejército que derrotó á los tenientes de Pompeyo en las orillas del Segre [año 49] y sometió el país á su dominio. A los tres años, muerto Pompeyo, sus hijos Cneo y Sexto renuevan la guerra contra César, y auxiliados por los españoles, á quienes ofrecieron su tan anhelada independencia, lucharon con tan desesperado ard-

(1) La heroica defensa de esta poblacion renovó las glorias de Numancia, imitando sus grandes y sublimes rasgos de valor y patriótica abnegacion.

miento que obligaron á César á regresar á la Península y á arrasar cuanto á su paso se oponia. En la célebre batalla de *Munda* (Málaga ó Ronda la Vieja) triunfó no sin gran trabajo y corriendo gravísimo peligro personal, hizo á los pompeyanos 40,000 bajas, asaltó á Córdoba, tomó á Sevilla; y sembrando por do quiera el terror, la matanza y la destruccion, cometiendo espantosas venganzas y sacrificando millones de inocentes victimas, deshizo el partido de sus rivales y quedó dueño absoluto del poder que ambicionaba.

Las belicosas é indomables tribus de los cántabros y astures, conservaban su independencia y excitaban á los subyugados pueblos á sacudir la dominacion romana; pero el resto del del país quedó sometido al poder de la *señora del mundo* y declarado por Octavio, sobrino de César, provincia romana, encerrando en un solo cuerpo de nacion los diferentes pueblos que hasta entónces habian constituido la Península; cuyo acto encierra en sí el principio de nuestra unidad política y



determina el de la *Era hispánica* ó de Augusto, correspondiente al 1º de Enero del año 38 ántes de J. C.

CAPITULO VII

Heroicidad de los Cántabros y astures.—España bajo el imperio.—Últimos siglos de la dominación romana.

Muerto César, su sobrino Octavio reclamó la herencia de su tío, y libre de sus rivales Marco Antonio y Lépido, quedó dueño absoluto del mas vasto imperio de la tierra.

Este emperador, el primero de la potente Roma, conociendo lo léal y valeroso de los habitantes de nuestra Península, escogió para su particular resguardo un cuerpo de tres mil españoles de *Calagurris* (Calahorra); y de las diferentes divisiones de esta parte de su imperio, formó una sola, dándole la unidad política de que hasta entonces careciera.

Pero aun quedaban algunos pueblos heroicos que dede los primitivos tiempos con-